

Moby Dick, la odisea de nuestro tiempo

(Herman Melville, a cien años de su muerte)

EDMUNDO CONCHA*

Año: 1870. Lugar: Nueva York. Antes que las sombras de la noche empiecen a borrar el edificio de la aduana, todo el personal, ya cumplido su horario de trabajo, se retira prestamente y se dispersa a paso tardo por la dura ciudad. Menos un hombre cincuentón que mal puede interesarse por esas calles si ya ha vagado más de la cuenta a lo largo y a lo ancho del mundo.

Es alguien anónimo, pero de noble apariencia. Alto, de tez cobriza, con barba. Cada atardecer, al no tener a dónde ir -es de carácter difícil- se dirige lentamente hacia su casa, donde empieza otra rutina. Y al verlo caminar, mimetizado entre la muchedumbre, nadie podría imaginarse que él es el mayor escritor de Norteamérica, y aun más allá de ese vasto país, aunque nadie lo sepa todavía.

Ese hombre es Herman Melville, autor de *Moby Dick*, una de las más profundas, inquietantes y atractivas novelas de todos los tiempos. ¿Qué pasa con él a lo largo de varias décadas que no lo entrevista ningún diario ni revista y ni siquiera su muerte, en 1891, hace noticia? Es un misterio encadenado a su oceánica y aventurera novela.

Pero eso no es todo. Tienen que pasar 30 años más para que *Moby Dick*, cual un botín literario que hubiera estado perdido bajo el mar, sea reflotada al

* Escritor y periodista, redactor de *El Mercurio*, de Santiago.

fin, en la década de 1920, como una novela clásica, hondamente metafísica y cargada de las más variadas significaciones, la que luego fue traducida a todos los idiomas, con versiones hasta para niños y por añadidura llevada al cine. El crítico J. Martínez Frías ha escrito: “De *Moby Dick* sabemos que es Lucifer que desafía al reino de Dios; sabemos que es Prometeo, que quiso arrebatarse el poder a los dioses y fue maldecido por ello; sabemos que es otro Timón de Atenas, que se mofa de los decretos del destino y de la locura del hombre; sabemos que es el rey Lear desafiando la tempestad que destruye su corazón”.

Tan grande autor nació en Nueva York en 1820. Hijo de una familia acomodada, compuesta por sus mayores y por ocho hermanos. Por la quiebra financiera de su padre, que falleció cuando Herman tenía 13 años, no pudo ir al colegio y menos a la universidad. Él declaró después: “Un barco ballenero fue mi Harvard”. De muchacho trabajó en distintos oficios, hasta que a los 17 años se enroló en un barco que cruzó el Atlántico y lo llevó a Liverpool.

Conoció Constantinopla, Palestina, Grecia, Italia y Francia, además la costa del Pacífico. Desertó una vez y se internó en una isla salvaje, en Las Marquesas, donde convivió con caníbales. Aprovechando éstas y otras experiencias escribió varias novelas cortas y cuentos -“Type”, “Omoo”, “Mardi”, etc.- que le dieron una fama que duró sólo unos seis años. “Y el resto es silencio”. En esa etapa escribió esta confidencia: “Lo que a mí me gusta escribir está proscrito: no da dinero. Pero, la verdad, no puedo escribir de la otra manera”. Casó con Elizabeth Shaw, que le dio cuatro hijos, y con la cual hizo un matrimonio más bien burocrático. En 1866 ingresó como inspector en el servicio de aduanas.

Moby Dick la escribió a los 30 años, durante un invierno en una cabaña de Massachusetts, entre los años 1850 y 1851, y su publicación no le llamó la atención a nadie, salvo a su admirado amigo y casi vecino Nataniel Hawthorne, quien la reprobó. Durante los 40 años que su autor sobrevivió a esa nueva “Odisea”, fue un hombre desconocido, sin que nadie reparara en su genio. Murió obscuramente en 1891, hoy hace ya un siglo.

En la década de 1920, a raíz de que el nombre Herman Melville aparece a menudo en la correspondencia de Hawthorne, algunos profesores universitarios de Norteamérica exhumaron los volúmenes que encontraron de *Moby Dick* y descubrieron todo un poema épico, con grandes escenarios, cara a cara con la naturaleza. Le hallaron una grandeza casi inclasificable, dada la variedad de valores implícitos que refulgían por debajo de la aventura narrada. La reeditaron

y desde entonces Herman Melville renace y esas 700 páginas suyas son disfrutadas por los lectores de todo el mundo y de las más diversas razas y edades. Se ha dicho incluso que su descubrimiento constituyó para su autor una verdadera “canonización literaria”.

Jorge Luis Borges ha opinado: “Es la novela infinita que ha determinado la gloria de Melville. Página por página, el relato se agranda hasta usurpar el tamaño del cosmos; al principio el lector puede suponer que su tema es la vida miserable de los arponeros de ballenas; luego, que el tema es la locura del capitán Ahab, ávido de acosar y destruir la ballena blanca; luego que la ballena y Ahab y la persecución que fatiga los océanos del planeta son símbolos y espejos del Universo”.

Y Carlos Fuentes, por su parte, ha escrito: “Es una obra de arte perdurable y transmisible, posee validez dentro de una proyección infinita de niveles de comprensión.

Con todo, la salobre novela resulta de difícil clasificación. Podría decirse también que es por excelencia la novela del mar, de ese mismo mar que, acaso por ser la cuna móvil de todo lo que se mueve, después cobra tantas vidas; pero también es la búsqueda obstinada de algo que trascienda la vida personal y le dé resonancias más altas; es el duelo entre el hombre y la naturaleza; es asimismo la historia de una transgresión, y es hasta el acoso a lo absoluto con vista a su desentrañamiento.

El argumento mismo, que es pretexto para estas y otras interpretaciones, no es complejo. Un joven, Ismael, el mismo nombre del paria sin hogar del *Antiguo Testamento*, se incorpora a un barco ballenero, el Pequod, que es todo un microcosmos, y cuenta lo que ahí acontece, al lado de una tripulación heterogénea, donde no falta un chileno, y que representa a la humanidad, toda bajo las órdenes del carismático capitán Ahab.

Ahab, nombre también bíblico de un hereje que se había rebelado contra Dios, es un hombre con la pata de palo, obsesionado por cazar la ballena blanca, que ya le ha arrancado una pierna. Está de punta con el universo. Un poseído. Tiene un rostro como “de un madero quemado que el fuego no ha logrado consumir”. No pone la otra mejilla. Declara: “Abofetearía al sol si me malmirara”. En otro pasaje, a un marinero que lo cuestiona le replica: “Yo no doy explicaciones, yo doy órdenes”. La novela, al cabo de muchas peripecias en alta mar, y de descripciones no amenas sobre cómo funciona un barco ballenero, concluye cuando al fin encuentran a la ubicua ballena blanca y Ahab, ayudado

por su gente, entabla la más titánica batalla, sin que por momentos se sepa cuál de los dos es el Leviatán. O si la lucha es entre Ahab y Ahab.

Todo termina con las aguas ya quietas, cual una mortaja, y con gaviotas que revolotean sobre el lugar donde el Pequod yace hundido con toda su tripulación, en tanto que la ballena, cual un fantasma, se aleja acompasadamente, llevando enredado entre los arpones y los cordeles que le han lanzado vanamente, el cadáver de Ahab. El único sobreviviente de esta lucha heroica, realizada en términos absolutos de vida o muerte, es el joven Ismael, abrazado a un ataúd, para contar la epopeya de que ha sido testigo.

Moby Dick es una novela con final abierto. De ella puede decirse todo, incluso que es la Biblia del Mal, en cuanto representa también el afán de venganza cual una serpiente que puede morderse la cola. Hay muchos pasajes cuya significación simbólica conviene subrayar. He aquí algunos:

Ismael, antes de embarcarse, confiesa: “Cada vez que la hipocondría me domina de tal modo que hace falta un recio principio moral para impedirme salir a la calle con toda deliberación de derribar metódicamente el sombrero de los transeúntes, entonces entiendo que es la hora de hacerme a la mar”. Y esto de “hacerse a la mar” no es más que una metáfora. Cada quien puede hacer para el mismo fin lo suyo, lo que lo calme: el deporte, volver a su colección de estampillas, entregarse al alcohol, leer o dedicarse un rato a la jardinería.

Ismael alterna a menudo con un negro estrambótico llamado Queequeg, con quien forja una sólida amistad, demostrativa de que los hombres, cualquiera sea su raza, pueden comportarse como si fueran hermanos. Un anticipo de la no segregación.

Cuando el novato Ismael pregunta a algunos tripulantes quién rayos es Ahab, nombre que a menudo está en boca de todos, porque inspira un respeto casi embrujado, alguien le contesta: “Ahab es Ahab”. Tan claro y sintético como cuando un filisteo, igualmente extrañado, le pregunta a Jesucristo: “¿Y tú quién eres?” y El le contesta: “Yo soy el que soy”.

En los momentos en que el capitán Ahab y toda su tripulación están enloquecidos de júbilo porque han encontrado al fin la ballena blanca y se aprestan a cazarla, un arponero viejo, que se mantiene aparte, ¿un real visionario?, les advierte en voz baja: “No todo lo que se ve existe”. Es éste ciertamente uno de los puntos más luminosos de la obra, ya que prevé incluso el surrealismo.

En aquel siglo, cuando la corriente naturalista, con aire científico, iba viento en popa, el ensayista Emerson y el moralista Thoreau, herederos de las

ideas de Rousseau, predicaban el buen trato entre el hombre y la naturaleza, tan propio de “el buen salvaje”, Melville crea un personaje rebelde que se lanza contra ella y es borrado por ella. Sí, Ahab, igual que Moisés, y heredero de su fe rectilínea, al final, en medio de montañas de agua, tampoco puede dominar a la ballena blanca, que era su propia Tierra Prometida.

¿Es el fracaso? Quién sabe. Unamuno: “Y nos salvaremos o nos perderemos no por lo que fuimos sino por lo que deseamos ser”.

Las lecturas hechas por Melville se centraron en la Biblia, Rabelais, Fenimore Cooper y principalmente Shakespeare, a quien a veces se asemeja por su modo torrencial y barroco. Su estilo se acomoda a los temas que aborda: periodístico, bíblico, sentencioso, lírico, coloreado por la retórica de los predicadores protestantes, esos que en una mano portaban la Biblia y en la otra el fusil.

Algunas conclusiones, entre otras, que puede dejar esta novela cuyas etapas realistas, a veces casi documentales, crean en conjunto la más espectacular alegoría. Deduzco las siguientes:

-El hombre, al parecer, jamás triunfará completamente, porque es posible que su vida esté destinada a ser, como la de Sísifo, menos una meta prefijada que un haz de no rectilíneo esfuerzo.

-El bien y el mal no están disociados. Y el hombre en medio de esa confusión, puede transformarse en el peor enemigo de sí mismo.

-El caso de Ahab demuestra que quien se sale de madre no hace más que buscar obstinadamente su propia muerte.

-El capitán Ahab representa el individuo más extremo y perturbador, el que hace del mundo dos mitades: él y la otra mitad, símbolo acaso de la conducta sin doctrina de su propio país.

Para ilustrar la ambigüedad del contenido de esta obra épica, el profesor José M. Valverde ha expresado: “*Moby Dick* no es una novela sino un himno. No importa mucho distinguir si un himno a Satán o a Dios, porque sería un Dios inexorable y fatalista, como el Hado de la tragedia griega”.